

Poeta del exilio, del amor y de la soledad

Horacio López Suárez

La aportación a la cultura mexicana del exilio español en México es vasta y contempla muchas facetas, ya que el envión que les diera el fin de la Guerra Civil española (1936-1939) hacia tierras mexicanas fue numeroso; se calcula que la llegada de los transterrados, como los denomina el filósofo mayor del exilio, José Gaos, fue de treinta mil de los cuarenta mil que abandonaron su patria y partieron hacia el exilio. Entre los treinta mil que fueron acogidos por el gobierno del general Lázaro Cárdenas había profesionales, poetas, novelistas, filósofos, médicos, abogados, químicos, arquitectos, en una palabra, toda la rama del saber humano, sin faltar, desde luego, obreros y campesinos.

A la luz de la literatura —tema del que me voy a ocupar— arribó casi toda la Generación del 27, que continuaron sus labores en sus respectivos menesteres en la tierra que los acogió generosamente y con fraternal amistad. El envión se llevó una parte sobresaliente del limo de la tierra española a acogedoras tierras americanas. A principios del siglo, en el poema “Por tierras de España”, Antonio Machado cantaba: “Hoy ve sus pobres hijos huyendo de sus lares, / la tempestad llevarse los limos de la tierra”.

El de ayer fue el exilio por hambre, el de la guerra fue el exilio político. La tempestad dejó a España desmembrada, “el olmo herido por el rayo”. A esta primera generación del exilio español se le conoce como el grupo de *la Española peregrina*. La segunda aglutina a quienes llegaron niños y pertenecen a la última voz del exilio, generación límite —como propone Arturo Souto—, grupo de poetas, cuentistas, novelistas, dramaturgos a los que se les conoce de diversas maneras: Luis Rius los nombra “poetas fronterizos”, por la convivencia de cristianos y moros en la España medieval; Francisco de la Maza, gran amigo del grupo, los bautiza como “Generación Nepantla”, recordando a sor Juana Inés de la Cruz; el que esto escribe: “mestizos espirituales”, debido a la formación cultural y social que adquieren a lo largo de su convivencia con el mundo mexicano desde su niñez, adolescencia y madurez, por lo que Aurora de Albornoz los llamó “los ex niños”. Conocidos también con el nombre de la “Generación hispanoamericana”, son la segunda generación del exilio español en México, son españoles mexicanos “por derecho propio”, como

manifiesta Luis Rius. Se enlazan con sus raíces españolas la patria perdida, en matrimonio, en desposorio con el país que los acoge, las raíces mexicanas.

Los miembros del grupo son: Carlos Blanco Aguinaga, Inocencio Burgos, Genaro Deniz (seudónimo de Juan Almela), Manuel Durán Gili, José Miguel García Ascot, Angelina Muñoz, Nuria Parés, José Pascual Buxó, Federico Patán, Francisca Perujo, Luis Rius, Enrique de Rivas, César Rodríguez Chicharro, Maruxa Vilalta, Tomás Segovia, Martí Soler Vinyes y Ramón Xirau; este último escribe poesía en catalán, su lengua materna.

142 Del grupo de poetas he escogido la voz de Luis Rius —que representa bien a la poesía del exilio—, nacido en Tarancón, Cuenca, en 1930 y que llegó a México cuando contaba con nueve años de edad. Su formación cultural se inició desde la escuela primaria en tierras mexicanas; el bachillerato lo llevó a cabo en uno de los tres colegios fundados por el exilio español, la Academia Hispanomexicana. Ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde obtuvo el grado de doctor en Letras Hispánicas; ahí inició la plena convivencia con profesores y alumnos mexicanos.

Hay dos aspectos de su contribución a la cultura mexicana en los que deseo hacer hincapié: su obra poética y su aportación como divulgador de la cultura española y mexicana desde las cátedras que desempeñó en diversas instituciones universitarias del país desde 1952 a 1984, fecha de su deceso en la ciudad de México.

Fue fundador y profesor de la segunda escuela de Filosofía y Letras del país, y secretario de la Universidad de Guanajuato; profesor de la Universidad de San Luis Potosí; del Instituto Nacional de Bellas Artes, del Mexico City College, de la Universidad Femenina de México y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde alcanzó las más altas jerarquías académicas: fue coordinador de la Licenciatura en Letras y jefe de la División de Estudios de Posgrado. Vida dedicada a la enseñanza y difusión de la cultura literaria, formador de un gran número de catedráticos de la actual Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

La creación poética de Luis Rius la conforman cinco libros: *Canciones de vela*, *Canciones de ausencia*, *Canciones de amor y sombra*, *Canciones a Pilar Rioja* y la antología *Cuestión de amor y otros poemas*.

Canciones de vela (Segrel, 1951 —editorial creada por el grupo de estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM—) es un poemario primerizo compuesto por 26 breves poemas. Libro ilustrado con dibujos del excelente pintor Arturo Souto, artista contemporáneo de la Generación del 27, con epílogo del fino escritor y profesor Julio Torri, maestro de Luis Rius y nuestro maestro de Literatura medieval, quien le dio a conocer las canciones medievales de Vela, como confiesa el autor en el prólogo que acompaña a los poemas y donde dice: “Canciones de vela llamaron antaño a las cancio-

nes que sin descanso entonaban los soldados que hacían guardia por las noches para dominar el sueño”, y añade más adelante que la única canción que conoce es obra de Gonzalo de Berceo y que la oyó por primera vez “en una conferencia del sabio maestro don Julio Torri”, de ahí el título de canciones de sus cuatro primeros libros de poesía. *Canciones de vela* es un libro de versos que fue elaborado desde su muy temprana juventud, en el año de su publicación contaba con 21 años de edad.

Canciones de ausencia fue publicado en 1954 por la Universidad de Guanajuato, durante su estancia como catedrático en la recién fundada Escuela de Filosofía y Letras y elaborados en esa ciudad cubista. Son 29 poemas y está ilustrada por otro exiliado, el pintor Vlady.

Canciones de amor y sombra (Era, 1965) lo componen cincuenta poemas y es un paso más hacia la perfección lírica, poesía más cuidada, si es que cabe decir esto, ya que siempre —desde sus inicios como poeta— es rigorista en el manejo de la lengua, pulcro y diáfano.

Canciones a Pilar Rioja (Finisterre, 1972) lo integran 49 poemas. En 1968, con motivo de los Juegos Olímpicos realizados en la ciudad de México, se llevó a cabo la Olimpiada de Poesía. Rius representaba a España, y fue el ganador del Premio Olímpico de Poesía de la XIX Olimpiada. El poemario está dedicado a su esposa, la alabada bailarina Pilar Rioja, y está ilustrado con una serie de fotografías de la bailarina.

Cuestión de amor y otros poemas (Promexa, 1984). En la primera de forros se reproduce el retrato que había aparecido en su primer libro *Canciones de vela*, de la mano del pintor Arturo Souto. En este libro se añaden 25 poemas no aparecidos en sus cuatro libros anteriores. En la nota preliminar, Rius aclara:

Reúno en este volumen una selección de poemas de los cuatro libros que he publicado y otros no recogidos hasta ahora en ninguno. Varios de ellos los he retocado en mayor o menor medida, que va desde cambiar una palabra por otra, hasta modificar o suprimir versos enteros y aún estrofas.

En vez de presentarlos aquí al lector tal como originalmente aparecieron, libro a libro, he preferido reordenar los poemas en tres partes, atendiendo a su tema y a su tono, partes a las que respectivamente he titulado: *Arte de extranjería*, *Cuestión de amor* e *Inventiva varia*.¹

Esta antología lleva un prólogo del poeta español Ángel González, perteneciente a la Generación del Medio Siglo, de la Península Ibérica, que es coetánea a la que pertenece Rius en el exilio de México, y es el mejor estudio

¹ Luis Rius, “Nota preliminar”, en *Cuestión de amor y otros poemas*. México, Promexa, 1984, p. 23.

que se ha escrito sobre su poesía. En ella aparecen dos poemas muy significativos sobre la huella de México en su obra: la ciudad de Guanajuato y la calle de Positos.

Guanajuato tuvo suma importancia en su vida y en su creación poética. Luis nos decía con frecuencia a sus compañeros profesores de la Universidad, que el momento que estábamos viviendo era el más trascendente de nuestra formación académica y goce de vivir. Nos repetía con constancia de la brevedad de la vida su frase favorita: “Esto va que vuela”. Los dos poemas citados fueron escritos en la calle de Positos —donde nació el pintor Diego Rivera— esquina con el Callejón de los Cinco Señores, ¡qué coincidencia! Y éramos cinco: Rius, Pedro Garfias, Luis Villoro, Enrique Pérez Cancio y Horacio López Suárez.

144

Guanajuato

Mañana en el pueblo.
Abierto frescor que baja
del monte, pregón alado
de nueva luz y fragancia.

Ya vienen los carboneros
por las calles empinadas.
Burros trotones y tristes
al agujón de la vara.

Mañana en el pueblo.
Hora luminosa y mansa.
Los gritos madrugadores
hieren de ilusión las plazas
de rotas fuentes sedientas.
A la voz de la campana
caminan las viejecitas,
diminutas, encorvadas.

Mañana en el pueblo.
Claro despertar del alma.
En el regazo del monte,
las calles aprisionadas,
brillan en quebrados surcos,
al oro de la mañana.²

² L. Rius, “Guanajuato”, en *ibid.*, pp. 159-160.

La calle de Positos

La recua viene trotando
bulliciosa, calle abajo.
Calle abajo, el sol asoma
entre los cerros plateados
y los ángeles despiertan
al día en el campanario.
Fresco amanecer de luz
y de humildad inflamado.

Mulas castañas las tres
y un borriquillo acerado
detrás, con su carga negra
la recua viene trotando.
Alegre tamborileo
de la calle con sus cascós.

Y el carbonero detrás
con una piedra en la mano,
hosco y pardo, corre y grita,
con la voz la va arreando.

Voz del monte, tempranera,
que se pierde calle abajo.³

145

En los dos poemas citados hay ecos de los poetas de la Generación del 98, están presentes Antonio Machado —su poeta admirado—, al igual que la prosa poética de Azorín.

Con frecuencia, Luis comentaba y comparaba las semejanzas de Guanajuato con su tierra manchega en aire, en luz, en sol. Hábil versificador, gran lector de los clásicos medievales y del Siglo de Oro; los poetas místicos y ascetas están presentes en su obra: fray Luis de León, santa Teresa, san Juan de la Cruz.

El exilio ha sido la temática en todo el grupo que compone su generación; el destierro cala muy hondo en su poemario, la añoranza de la patria lejana y perdida, la nostalgia y la melancolía le invade, le cala hasta lo más profundo de las entretelas del alma.

En *Canciones de vela* hay cinco poemas donde pone de manifiesto todo el dolor que el exilio le depara:

³ L. Rius, “La calle de Positos”, en *ibid.*, p. 161.

Otra vez frente al mar,
con mi frente abrasada,
y mis ojos inmóviles, lejanos,
buscando sus espaldas;
con mi perfil de piedra
y mi sonrisa sonámbula.

Otra vez frente al mar,
como aguardando, y sin esperar nada;
con el alma dolido
por herida de ausencia:
¡esa herida tan honda
sin sangre y sin lágrimas!⁴

Destierro (1)

Conmigo compañero
en esta tierra alta,
al alivio rosado
de la aurora, descansa.

*Era el llanto callado
y era diáfana el alba.
[...]*

Espera aquí conmigo,
ya nadie nos aguarda;
Que tus ojos se llenen
de tiempo y de distancia.

*Era el llanto callado
y era diáfana el alba.
[...]*

Compañero, allá lejos,
desde esta tierra alta
(*era el llanto callado*):
son los campos de España

*Era el llanto callado
y era diáfana el alba.*⁵

⁴ L. Rius, "Otra vez frente al mar", en *Canciones de vela*. México, Segrel, [1951], pp. 67-68.

⁵ L. Rius, "Destierro (1)", en *Cuestión de amor y otros poemas*, pp. 38-39.

Vislumbra las tierras de España desde el altiplano de México, desde lo alto del Anáhuac; con nostalgia y dolor confiesa que no hay ya regreso, no hay vuelta a la tierra de origen, nadie espera, sólo queda el exilio.

De los poemas que no aparecen en libro, hay 18 —los últimos de su creación— con el tema del exilio y de la soledad, que son más doloridos que los citados líneas arriba. El destierro es “un dolor mordido”. Es un exiliado dentro del propio exilio.

Desterrado en el tiempo
como en isla infinita,
sin retorno. Exiliado
en esta edad que avanza, que declina,
que no cesa, que huye,
río al mar, día a día.

147

Olvidada en el mar
me dejé yo la vida.⁶

De los versos de amor he elegido dos; el primero es dedicado a su compañera esposa, la bailarina de flamenco Pilar Rioja:

Podría bailar
en un tablado de agua
sin que su pie la turbase,
sin que lastimara al agua,
No en el aire, que al fin es
humano el ángel que baila.
No, en el aire no podría,
pero sí en el agua.⁷

El erotismo es manifiesto en su obra. Luis Rius amó mucho a las mujeres, y fue amado. Un ejemplo:

Qué confusión de sedas y de olvido
hasta romper el claustro de tus pechos.

Levanta la cabeza
reclinada de ardores y de miedos.
No quieras más celarlos
tras la morena sombra de tu pelo.

⁶ L. Rius, “Desterrado en el tiempo”, en *ibid.*, p. 65.

⁷ L. Rius, “Podría bailar”, en *ibid.*, p. 129.

También los quiere el aire
y los desea el crepúsculo y los pájaros
que se han posado en el balcón desierto.

Cabe en su redondez todo el amor;
y en mis dos manos, ellos.⁸

Para terminar este breve bosquejo sobre la vida y la obra del poeta Luis Rius como acta de extranjería:

148

Llegó aquí después
o antes, a destiempo.
Erró los caminos
y los paralelos
y los meridianos,
los mundos enteros.

Él iba a otro mundo.

Llegó aquí. Extranjero
fue de sus palabras
y de sus silencios,
de todas sus horas,
de su mismo cuerpo.

Él iba a otro mundo.

Llegó aquí. Y ha muerto
un día cualquiera,
en cualquier momento,
antes o después,
pero no a su tiempo.

Él iba a otro mundo.
Lo desvió el viento.⁹

⁸ L. Rius, "Qué confusión de sedas y de olvido", en *ibid.*, p. 101.

⁹ L. Rius, "Llegó aquí después", en *ibid.*, p. 57.